

## CARRETERA AL ALTIPLANO

Era de noche, noche sin luna ni estrellas lejos de la selva y el calor pegajoso de sus ciudades, lejos aún del altiplano, del frío amable de la capital. Todo estaba desierto. Nadie trepaba el lomo de los Andes bajo una niebla densa como la tristeza que le anegaba. La carretera se doblaba una y mil veces sobre sí misma, giraba al borde de precipicios insondables para erguirse de forma repentina sobre una rampa inverosímil y continuar con la paciencia de los quechuas y la dejadez de su asfalto agrietado. Abajo, a decenas de kilómetros de distancia, los afluentes del Amazonas regaban una jungla que extendía sus raíces hasta donde alcanzaba la vista, pero Marco solo era capaz de vislumbrar su propio reflejo en el cristal, un rostro joven y triste atrapado en el envés de un vidrio sucio.

Cinco viajeros ocupaban el nocturno de Tena a Quito. Una pareja de avanzada edad que dormían recostados la una contra el otro; una mujer gruesa y desaliñada aferrada a una bolsa del mercado; un individuo vestido con el arrugado uniforme de una de las empresas de seguridad de los pozos petroleros, y él mismo, la cabeza apoyada en la carrocería, el recuerdo de Joyma impreso en el vértice de los ojos. El rugido del motor, más fuerte en cada curva, era el único sonido capaz de imponerse al silencio pétreo de la montaña. La mancha blancuzca de faros sobre bruma, el único paisaje posible. Aburrido, cerró los ojos en busca de olvido. Y se durmió.

Le despertó un grito, un golpe y el eco de una maldición.

— ¿Lo vieron? ¿Vieron el resplandor?

Marco buscó con la mirada al resto de viajeros. Nadie parecía haber visto nada. Todos dormían cuando el vehículo se salió de la calzada para

embarrancar al borde de un barranco cuyo fondo velaban la niebla y la distancia.

—Un fogonazo. Justo delante del carro. ¿No lo vieron? Todo se iluminó, y ya no vi más. Suerte que frené antes de que nos cayéramos.

Por mucho que el conductor se empeñara en justificar el accidente, en torno a ellos no había destellos extraños ni rastro de luces a la fuga. Un sudario negro se cerraba sobre la vía como metáfora última de la esperanza.

El hombre sacudió la cabeza, sacó el celular y trasteó con él unos segundos.

— ¿Alguno de ustedes tiene cobertura?

Susurros nerviosos, roce de manos en las bolsas, en los gabanes abandonados sobre los asientos, solo para confirmar que en aquel punto perdido de la cordillera los móviles eran simples trastos inservibles.

No quedaba más remedio que dejar pasar el tiempo hasta que algún transportista noctámbulo les llevara al pueblo más cercano. Eso, o adentrarse en la oscuridad sin rumbo ni destino. El chófer encendió un cigarrillo y salió a la calle. La mujer prefirió seguir vigilando sus bolsas sin molestarse en disimular la desconfianza. El vigilante se tumbó en los asientos traseros y Marco, usando de manta la chaqueta, trató de dormitar acompañado por el incesante cuchicheo de los ancianos, las tinieblas rotas por el punto rojo del cigarrillo y el recuerdo de Joyma. Sabía que ella le esperaría, pero renunciar al calor de su piel, a la dulzura de su mirada, se le hizo tan difícil que estuvo a punto de rechazar la beca concedida por la Universidad de Ingeniería como premio al mejor expediente académico de la región.

Un golpe le sacó de su letargo. Un golpe en la carrocería, muy cerca de su asiento. Sorprendido, se incorporó y miró a través de la ventanilla. La tenue luz del autocar y la densa negrura de la calle formaban una pantalla donde era más fácil tropezar con el propio reflejo que divisar el exterior. Haciendo visera con una mano, se pegó al cristal y buscó el origen del sonido. No vio nada: el tronco contra el que se recostaba el vehículo, una rama sacudida por la brisa y algo redondo caído junto a las ruedas. Parecía una pelota, aunque era más probable que se tratara de una piedra desprendida de la montaña. O, tal vez...

No pudo reprimir un alarido al comprender que, sobre el lodazal donde se encontraban atrapados, había una cabeza. La cabeza del chófer, el espinazo separado del cuerpo, el terror en la boca abierta, las cuencas de los ojos vacías y ensangrentadas.

Otro golpe hizo temblar la carrocería.

El guarda rebuscó en el interior de su bolsa y extrajo un aparatoso revolver de cachas gastadas y tambor lleno de rozaduras. Empuñándolo como quien empuña una llave sin puerta, se acercó al asiento del muchacho. La mano le temblaba mientras oteaba el exterior. Pero era imposible distinguir algo diferente al manto blancuzco de la niebla y las ramas de los árboles meciéndose al compás del viento.

De golpe, Marco comprendió que la niebla no se movía.

No había viento.

— ¡Cuidado!

Demasiado tarde. Doblándose a toda velocidad, una de esas ramas irreales reventó el cristal y penetró al habitáculo atravesando al hombre por el pecho. El resplandor azulado de las lámparas de emergencia se apagó, se

sucedieron los golpes, los gritos y los ruegos y, cuando regresó la luz, Marco vio cómo los vidrios rotos sajaban el rostro del guarda de seguridad, cómo aquella extremidad cubierta de vello oscuro retrocedía arrastrando el cadáver y cómo, nacidos de alguna pesadilla de otra dimensión, dos grandes colmillos se clavaban en su cuello y tiraban de él hasta partirlo.

Un olor extraño inundó el autocar, hedor a heces y sangre, a miedo y algo ácido y espeso. Los ancianos gritaban aferrados a una de las barras laterales, Marco permanecía inmóvil, atenazado por un pánico más allá de la razón, y solo la mujer se atrevió a moverse para, con la poca agilidad de un cuerpo demasiado hinchado, recoger el arma caída en el pasillo, alzarla a la altura de sus ojos y disparar.

El cuerpo del guarda cayó cuando lo que lo mantenía ensartado lo soltó y desapareció en la noche. Un suspiro recorrió el autobús, un suspiro que fue más una expresión de histeria contenida que de alivio. Un suspiro breve. Demasiado breve.

Algo golpeó la parte trasera. La luna saltó hecha pedazos y parte del techo se hundió cuando, como izado por una grúa gigantesca, el vehículo quedó colgando boca abajo sobre el precipicio. La mujer, todavía de pie en el centro del pasillo, salió volando contra el parabrisas delantero, que hizo añicos antes de desaparecer en el vacío. Marco y los viejos se agarraron al asiento con todas sus fuerzas mientras el autobús, que flotaba en el centro de la nada, giraba despacio sobre un eje invisible y algo blanco y viscoso se adhería a las ventanillas tapando, poco a poco, un paisaje invisible y cualquier rastro de esperanza.

Marco comprendió que jamás volvería a sentir el tacto de Joyma bajo sus dedos. Que no llegaría a la Facultad de Ingeniería, que no conocería los placeres y peligros de la capital. Que todo terminaba ahí, en una curva del

camino, una noche sin más luz que el recuerdo de su novia de adolescencia. El vehículo seguía girando, y la red que lo envolvía era cada vez más larga y más tupida. Bajo sus pies, más allá de los restos de la luna delantera, se abría un abismo ciego de niebla y roca, una caída sin final visible y desenlace conocido. Marco apretó los párpados, dejó a sus labios susurrar una oración oxidada, y saltó.

Cuando los equipos que rastreaban el puerto en busca del autocar desaparecido llegaron a la curva, solo encontraron huellas de neumático asomadas al barranco. Y, colgando a mitad de precipicio, una gigantesca crisálida blanca, tal vez uno de tantos caprichos de la naturaleza salvaje de los Andes:

La *argiope bruennichi*, o araña tigre, inmoviliza a sus víctimas encerrándolas en un capullo hecho con su hilo, antes de inyectarles un veneno que las paraliza, pero no las mata. Después, comienza a introducir en la presa sus jugos digestivos para ir, poco a poco, licuándola por dentro. La araña tigre puede alcanzar un tamaño máximo de veinte centímetros (en nuestro planeta).